

**Verónica Cortínez.** *Memoria Original de Bernal Díaz del Castillo.*

México: Estudios de Cultura Iberoamericana Colonial, oaK Editorial, 2000.  
332 páginas.

En la segunda mitad del siglo XX la obra de Bernal Díaz ha despertado un especial interés entre los críticos y pensadores latinoamericanos y de la academia norteamericana. Una vez que se dejó de ver la obra de Bernal como una cantera de datos para la información historiográfica, y se la incorporó al ámbito más amplio de la producción textual de la colonia, la *Historia Verdadera* pasó a ser objeto de una consideración más cuidadosa de sus enunciados y representaciones. El trabajo de Verónica Cortínez se inscribe dentro de esta nueva orientación de los estudios coloniales.

Cortínez enmarca el análisis de la *Historia Verdadera* dentro de un doble *corpus* textual: el de la colonia y el del siglo veinte en América Latina, y se propone dos objetivos: “desentrañar la particular naturaleza” del texto (15) y descubrir la razón por la cual esta obra se ha transformado en un texto fundacional de la “literatura hispanoamericana” (20). El estudio indaga la frontera del registro específico de los hechos acontecidos dentro la forma épico-heroica de la narración, y allí localiza el espacio de donde surge su condición de texto “literario” (19). La pregunta que se formula Cortínez es por qué en nuestros días los intelectuales privilegian la retórica de la ficción por sobre la de la historia, y encuentra satisfactoria la respuesta que en los sesenta diera Fernando Alegría: porque a falta de novelas coloniales se ha tenido que inventar una ‘tradicción novelesca’ (22).

Partiendo de estas premisas, la autora utiliza la teoría de la recepción del texto según la enunció Borges al afirmar que una obra es considerada literaria por un determinado público según la forma cómo es leída y entendida en un determinado lugar y momento histórico (23). Por esta razón el estudio de la *Historia Verdadera* se centra en la óptica de la lectura hecha por los críticos latinoamericanos del siglo XX, privilegiando la de Carlos Fuentes, pero sin desconocer los aportes hechos por muchos otros críticos importantes.

El libro consta de cuatro capítulos (I. Figuras y sucesos; II. Una crónica extraña; III. Memoria y lenguaje; IV. Bernal y Fuentes) que están organizados en torno a dos temas: la *originalidad* del texto, y su papel *fundacional* de la literatura hispanoamericana (24). En el primer capítulo estudia los personajes de la *Historia Verdadera*, en particular a Bernal como voz activa de la narración. En el segundo aborda el tema de los géneros literarios. En el tercero analiza el papel de la conciencia escritural de Bernal y sus dilemas en torno a la memoria y la fidelidad a los hechos, confrontados con los límites de la imaginación—requisito fundamental para el género novelístico. En el capítulo final se estudia el vínculo entre la obra de Bernal y la de Carlos Fuentes, proponiendo al primero como al creador de un espacio literario que cuatro siglos después será retomado y re-elaborado por Fuentes. La tesis

central de Cortínez, es que el “valor literario” de la *Historia Verdadera* se asienta en un manejo de la memoria tan detallista y exhaustivo que suple exitosamente la prodigalidad imaginativa requerida por la novela, y es por eso que la obra de Bernal tolera el desafío de considerársele fundacional de las letras “hispanoamericanas” (27)—y en particular mexicanas.

En el capítulo uno se estudian tres aspectos: la pintura de los sentimientos ambivalentes de Bernal con respecto a Cortés (amor y rencor) en respuesta al panegírico incondicional que hiciera Francisco López de Gómara en *Hispania victrix*. En segundo lugar, Cortínez muestra como Bernal refuta a Gómara cuando éste presenta a Cortés como el único héroe de la conquista, olvidando, según Bernal, a los anónimos soldados que pelearon con todo ardor y valentía. En tercer lugar, Cortínez rescata el ojo curioso y asombrado del viejo encomendero que observa la vida de los indígenas. En este sentido, el estudio enfatiza los aspectos historiográficos y psicológicos del ‘personaje’ Bernal, y no señala—en mi opinión—el tránsito desde el espacio épico de conquistador al espacio económico-burocrático del colonizador. En esta transición, la memoria y el ojo del cronista cambian su perspectiva en relación a los pueblos nativos, pasando de una representación hasta cierto punto elogiosa—como forma de realzar la grandeza española—a una descripción paternal, pero en última instancia derogatoria, del sujeto que sometía a su poder dentro de los mecanismos coloniales.

En el segundo capítulo, Cortínez enlaza la discusión en torno a los criterios de valor estético y de retórica señalados por la filología colonialista, con los conflictos de posicionamiento del narrador al efectuar su registro de la historia. En ese espacio de la ambigüedad retórica se cruzan—según la autora—los reclamos no satisfechos del encomendero con su negación del sujeto indígena (Todorov). El dilema así propuesto termina en una aporía, y Cortínez trata de resolverla proponiendo que la ‘forma de contar’ es la que genera la simpatía del lector hacia el narrador (154). Si esto es verdad, habría que preguntarse si la retórica de un relato hecho desde la posición del conquistador y colonizador, justifica *per se* que se la considere como fundacional de las representaciones textuales de la realidad latinoamericana en general.

El capítulo tres se centra en los conflictos entre la retórica y las formas de rescatar la memoria. En esta pugna, el hecho de narrar acontecimientos lejanos en el tiempo hace perder la exactitud de los detalles, pero por otro lado permite subrayar aquellos que según el escritor eran históricamente importantes (192). De esta manera, la memoria y lo que se ha visto como debilidad estilística de Bernal, hoy en día se revelan como atributos cuestionables de una narración incipientemente moderna—estructura abierta, predilección por los detalles, melancolía (300). Lo que no se discute en este capítulo es el vínculo entre la retórica y el contenido de los enunciados. El riesgo de un estudio de este tipo es el de caer en un formalismo que descuida la relación entre el texto y los campos culturales en los que se inscribe. El estudio aislado de la retórica de un texto puede dar

cuenta de cualquier representación, pero sin discutir los complejos planos y niveles que en esa representación están implícitos; y precisamente éstos son los que hacen, en última instancia, que una escritura adquiera mayor o menor significación para un determinado público.

Finalmente, en el capítulo cuarto Cortínez busca demostrar el valor fundacional de la *Historia Verdadera* a partir del vínculo explícito propuesto por Carlos Fuentes entre el texto colonial y obras suyas como *Terra nostra* (1975), y *El naranjo, o los círculos del tiempo* (1993). Entre ambos, el paradigma de la novedad es el terreno común. En Bernal, el acto de nombrar como “Nuevo” lo que estaba colonizando introduce orden en lo desconocido y recién encontrado. Para Fuentes, como latinoamericano, lo nuevo significa un gesto de independencia (243). La revista *Mundo Nuevo* (Emir Rodríguez Monegal) cumple un papel central en opinión de Cortínez, porque es desde allí que se consolida y difunde la literatura del *boom*, y lo hace a partir de la novela, completando el ciclo inaugurado por Bernal—pero no prueba el desarrollo de esa conexión a lo largo de los siglos. La *Historia Verdadera* considerada como una novela (223) se transforma en un antecedente prestigioso de una tradición autónoma y reconocible, y sobre todo en un anticipo de la modernidad (223).

Llama la atención que en ningún momento se muestra el vínculo entre la pre-modernidad en lo social y cultural con los rasgos específicos observables en la narrativa de Bernal que prueben su pertenencia a ese proceso del siglo XVI. Probablemente todos estemos de acuerdo en que la *Historia Verdadera* es parte de la corriente inaugural de la pre-modernidad, pero esta condición no queda probada con el mero uso del tropo de lo *nuevo*. En todo caso, y tomando la propia afirmación de Cortínez, lo “nuevo”, y más “moderno” en Bernal, es que su narrativa forma parte de un discurso que inauguraba la era de colonizaciones a escala mundial. En cambio, la obra de Fuentes, si se la toma en el sentido de “un gesto de independencia”—cosa que también habría que probar—estaría en un punto muy distante al de Bernal, casi opuesto. Esta diferencia fundamental queda sin explicación, o por lo menos reducida a tal grado de simplificación que no justifica la pretendida continuidad histórico-fundacional.

Cuando Cortínez privilegia la metáfora de las “pepitas de naranjo” plantadas por Bernal que luego florecen en las obras del *boom*—en particular las de Fuentes—como forma de respaldar su tesis de que la *Historia Verdadera* cumple un papel fundacional, implícitamente está asumiendo como válido “el espejo propuesto por Europa” (243) que anteriormente ella misma cuestionara. Este lapsus queda sin resolver, y de alguna manera sintetiza los espacios vacíos que van quedando a lo largo del trabajo.

Lo que habría que pensar es qué pasaría si la obra de Bernal se estudiara dentro del paradigma de las representaciones de la colonialidad en todas sus dinámicas y relaciones. En ese caso habría que ver de cual de las partes de las sociedades y culturas latinoamericanas se podría considerar fundacional la

*Historia Verdadera*. Con un enfoque de este tipo el resultado sería muy diferente al aporte hecho por Verónica Cortínez.

En mi opinión, la deuda más importante de este trabajo es que no se demuestra satisfactoriamente el vínculo entre las narrativas inaugurales de la colonia con el cuerpo narrativo del siglo XX en América Latina. Las oscilaciones hermenéuticas entre la filología y la recepción del texto no logran ocultar ese vacío conceptual y de investigación, ni logran dar una respuesta convincente para “desentrañar la particular naturaleza” del texto. Creo que el debate sobre estos dos puntos queda abierto. Claro está, estas observaciones no invalidan los aportes que la autora hace sobre los otros aspectos trabajados en este estudio de la *Historia Verdadera*, en particular las relaciones entre memoria e imaginación como sustentadores de un discurso que va más allá de las memorias personales.

Marshall University

CARLOS M. LÓPEZ

**Daniel Balderston and Marcy Schwartz, Eds.** *Voice-overs:*

*Translation and Latin American Literature.*

Albany: SUNY Press, 2001. x + 266 pp.

**Efraín Kristal.** *Invisible Work: Borges and Translation.*

Nashville: Vanderbilt U. Press, 2002. xxii + 213 pp.

Translation today is a topic for lively debate among academicians, yet it remains a stepchild of both literary and pedagogical studies; the work of translation itself is granted little intellectual prestige in the academy. Two timely and welcome books on the art and intellect of translation may help to change that state of affairs. In *Voice-overs*, Daniel Balderston and Marcy Schwartz approach translation as a mosaic of poetics, methods and intellectual challenges elaborated by generations of creative writers, critics and translators whose identities often overlap. Efraín Kristal's *Invisible Work* scrutinizes the role of translation in Jorge Luis Borges's writing. Kristal's study demonstrates how essential not only the concept but also the realities and the activity of translation are to Borges's poetics. Borges was first and last a translator, Kristal implies, and examining his relationship to translation is an effective way to get under his skin.

*Invisible Work's* exceptional value lies in Kristal's success at taking Borges's measure—explicating his work and proceedings in impeccably objective terms. Kristal focuses on one of Borges's most fundamental—and most maddening—concepts: that all literature is a form of translation, that all translation results in an “original” text, and that the translator may—indeed is obligated to—judge, appropriate and remake every text he or she encoun-